

México 2015

¿es posible un nuevo inicio?

El desafío del presente

Han pasado algunos meses desde la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. Estos hechos, en su momento han cimbrado a nuestro país y han provocado protestas y análisis en gran cantidad. Sin embargo, ya pasado el tiempo, la rutina cotidiana parece haber provocado el olvido de todo aquello y, lo que es más grave, parece que otros hechos violentos que siguen ocurriendo ya no sacudan nuestras conciencias adormecidas dejando lugar a lo que el Papa Francisco ha llamado la "globalización de la indiferencia". Frente a todo esto, nos preguntamos ¿qué es lo que puede impedir que estos hechos, tan desconcertantes, sean olvidados o se vuelvan parte de una rutina? Para ayudarnos a no olvidar es necesario descubrir la verdadera naturaleza de los desafíos que la circunstancia representa.

1. La trayectoria de la crisis actual

México se ha caracterizado desde sus orígenes por su profundo sentido religioso y por su fe, herencia de los pueblos prehispánicos y de la fe cristiana transmitida por los misioneros. La llegada de la fe cristiana dio lugar a una lucha tenaz por el valor de la persona humana en todas sus dimensiones, propiciando la capacidad de integración y mestizaje entre hombres de razas, historias y culturas diferentes. A estos valores se ha agregado el anhelo de libertad, que animó la lucha por la Independencia, y el deseo de justicia, que marcó los primeros pasos de la Revolución.

De este modo, el valor de la persona, el mestizaje, la libertad y la justicia pueden considerarse elementos fundamentales de nuestra historia y por tanto de nuestra identidad, pero hechos como la desaparición de los jóvenes normalistas de Ayotzinapa y otros que siguen ocurriendo, nos obligan a caer en la cuenta, de modo dramático, que estos mismos valores están en crisis.

Estos sucesos violentos han hecho más evidente la situación que existe desde hace tiempo en México, caracterizada por los graves atentados a la dignidad del hombre como lo es la trata de personas, la explotación de migrantes, la prostitución infantil, la explotación laboral y la corrupción que carcome todos los niveles de nuestra sociedad, entre otros. Hechos que ponen en evidencia la pérdida del valor inviolable de la dignidad de la persona.

Frente a esta situación prevalece la rabia, que algunas veces se manifiesta al hacer justicia con la propia mano, y el desaliento; que en ausencia de una esperanza cierta que sostenga la vida da lugar fácilmente al olvido, la indiferencia y el escepticismo. Frente a este panorama nos preguntamos si la rabia y el desaliento son la única alternativa, ¿no es acaso la ocasión para recuperar una actitud positiva y darnos la oportunidad de un cambio?, pero ¿qué cambio se nos pide?

Para responder debemos mirar, sin censurar nada, las causas profundas de esta crisis que vivimos.

En el siglo XVI la conciencia religiosa y la fe cristiana eran factor fundamental en la conformación de un pueblo que tenía como desafío abrazar la diversidad cultural y social. Los pueblos prehispánicos y los evangelizadores tenían claro que el destino del hombre no dependía sólo de sí mismos: la vida, su finalidad y su significado dependían de Dios.

Esta concepción ha conformado desde el surgimiento de la identidad mexicana expresiones culturales y sociales donde el objetivo principal era afirmar el valor de la persona. Sin embargo, dichas expresiones comenzaron a ser desplazadas por intereses económicos y políticos, dando lugar a prácticas de injusticia y corrupción que han dejado de lado la dignidad de la persona.

La introducción del proyecto liberal en la segunda mitad del siglo XIX no pudo realizar en lo sustancial los ideales de libertad y respeto del individuo que proclamaba, reduciendo su finalidad, a "liberar" al pueblo mexicano de lo que consideraba un impedimento al proyecto político y social: la Iglesia. El resultado fue una cruenta guerra civil que hirió la realidad mexicana justo en los valores que le habían proporcionado una identidad. De este modo poco a poco inició la desvalorización de la herencia cristiana propiciando como consecuencia, la reducción del sentido religioso a "superstición" y a la Iglesia como "oscurantista" y enemiga del progreso.

El pueblo que desde su origen ha sido –y continúa siendo– profundamente religioso, comenzó a refugiarse en prácticas religiosas privadas que con el tiempo han ido separando los actos de las conciencias, dando lugar al dualismo cultural del cual todos somos parte.

En la búsqueda de una paz civil para restaurar la República, el gobierno Porfirista se apoyó en los principios positivistas permitiendo, a pesar de sus ideales cientificistas, las expresiones religiosas, siempre y cuando no fueran públicas, ejemplo de ello es la gestión educativa; estableciendo en forma definitiva el dualismo entre la vida cotidiana y la vida pública o la política.

Posteriormente la Revolución, nacida del deseo de justicia del pueblo, en lugar de eliminar la marginación de los cuerpos intermedios, incluida la Iglesia, la agudizó promoviendo así un nacionalismo que ha instalado la preponderancia del Estado sobre la sociedad y las personas.

La consecuencia de ello es un Estado con poca intervención social que, mermado en sus mismas funciones básicas, tiene como único recurso apelar a la ley y a la fuerza de un derecho que él mismo no ha sabido ni querido respetar y que, en consecuencia, ha impedido la fuerza creativa y participativa de la sociedad.

Con todo ello, y a pesar de todos los esfuerzos por querer eliminarla, pensemos en la llamada Guerra Cristera, la fe del pueblo, la vitalidad de tantas realidades eclesiales, la acción de grandes hombres de Iglesia, han sido y siguen siendo elementos vivos en la vida de México. Hoy nadie desconoce que la Iglesia resulta ser una de las pocas instituciones que aún gozan de la confianza de la mayoría de los mexicanos. Sin embargo, por formalismo o desidia nos dejamos arrastrar por convencionalismos que a la larga eliminan la fuerza creativa y testimonial de la fe, reduciéndola a fideísmo o clericalismo, eliminando así la potencia generativa que nace del encuentro con Cristo.

2. ¿Cómo ha podido suceder esto?

El liberalismo ilustrado de origen europeo que se introdujo en México, es el resultado de un largo proceso histórico que intentó fundar los valores esenciales de la moral de manera independiente «de las múltiples divisiones e incertezas de las diferentes filosofías y confesiones»¹, lo anterior debido a los conflictos religiosos y a la correspondiente crisis de la imagen de Dios.

El filósofo alemán Emmanuel Kant puede ser considerado como la expresión más elevada de este proyecto para fundar los valores en una certeza racional compartida. Sin embargo, el intento llevado hasta el extremo —escribe el cardenal Ratzinger—, «de plasmar las cosas humanas menospreciando completamente a Dios nos lleva cada vez más a los límites del abismo, al encerramiento total del hombre»².

La crisis que vivimos muestra que el proyecto ha fracasado. El intento de desplazar a Dios, es decir, de desplazar la religiosidad auténtica que pone al centro las preguntas esenciales del hombre (¿qué es la persona? ¿qué es el yo? ¿qué finalidad tienen la vida? ¿qué sentido tienen todo?) y se empeña en la búsqueda de una respuesta acorde a sus deseos contra un poder que busca diluir el deseo, sólo ha propiciado el dominio del poder del hombre sobre el hombre. El sacerdote Luigi Giussani, identificaba que el verdadero problema en una sociedad que se derrumba, es la batalla que tiene que librar el hombre entre «la religiosidad auténtica y el poder»³.

La pensadora judía Hannah Arendt escribió que «una crisis nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas, pero, en cualquier caso, juicios directos. Una crisis se convierte en un desastre sólo cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos [sean los que sean], es decir, con prejuicios. Tal actitud agudiza la crisis y, además, nos impide experimentar la realidad y nos quita la ocasión de reflexionar sobre lo que esa realidad nos brinda»⁴. Por ello, más que un pretexto para lamentarnos o encerrarnos, los problemas de México son una gran ocasión para descubrir o redescubrir de dónde partir, qué es lo esencial para reconstruir sólidamente la sociedad.

El punto crítico de la cultura contemporánea está justamente en la miopía con la cual mira las necesidades profundas del hombre: al no captar el alcance infinito de esas exigencias constitutivas del corazón, se proponen respuestas que —tanto en el plano material como en el afectivo y existencial— se basan en la multiplicación hasta el infinito de respuestas parciales. Se ofrecen respuestas parciales a exigencias reducidas, o bien, se proponen como salida nuevas leyes, reglas o reformas. Sin embargo, ninguna de estas respuestas pueden satisfacer el "corazón inquieto" del hombre.

3. El corazón del hombre no se rinde

A pesar de los intentos ingentes de encerrar al hombre, de reducir la exigencia de su razón —reduciendo el alcance de su pregunta—, de reducir su urgencia de su libertad —que no puede evitar expresarse en cada movimiento como deseo de cumplimiento—, así como su urgencia de justicia —que brota de la misma dignidad del hombre—, el corazón del hombre sigue latiendo de forma irreductible.

¹ *cfr.* J. Ratzinger, «Subiaco, 1 de abril de 2005», en *L'Europa di Benedetto e la crisi delle Culture*, LEV-Cantagalli, Roma-Siena 2005, p. 61.

² *Ibidem*, pp. 61-62.

³ L. Giussani, *La religiosidad auténtica y el poder*, Huellas, febrero 2005, p. 21.

⁴ H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996, p. 186.

Podemos sorprenderlo en los varios intentos —a veces confusos, pero no por ello menos dramáticos y de algún modo sinceros— que hacemos para alcanzar esa plenitud que no podemos dejar de desear, y que se esconde en ocasiones bajo ropajes que pueden parecer contradictorios. Las manifestaciones públicas realizadas para protestar por la situación de violencia, injusticia y corrupción son expresión de estas exigencias humanas.

En una sociedad plural como la nuestra ya no se pueden sostener posturas monolíticas, que excluyen de antemano el diálogo entre todos. Para poder reescribir, repensar y hacer efectivamente vivibles los valores que constituyen nuestra tradición, se necesita un diálogo y un trabajo común. Para ello, debe quedar claro que no se trata de proponer un regreso a la "cristiandad" característica de la época colonial, así como no se trata de quedarse encerrados en posturas de choque que manipulan el descontento de la gente y privilegian la contraposición, a veces violenta, con el objetivo de sustituir un poder por el otro, proponiendo modelos ideológicos que sólo agudizan la crisis.

Consideramos que nuestra experiencia cristiana es una aportación valiosa en este diálogo, porque en el encuentro con el cristianismo nuestra experiencia nos ha mostrado que la savia vital de los valores de la persona no son las leyes cristianas, o estructuras jurídicas y políticas confesionales, sino el acontecimiento de Cristo. Invitando a los cristianos para que alimenten el deseo del testimonio, el Papa Francisco ha subrayado que "sólo así se puede proponer con fuerza, en su belleza, en su sencillez, el anuncio liberador del amor de Dios y de la salvación".

4. Existe otro camino: profundizar en la naturaleza del sujeto

Sólo si ponemos sobre la mesa el problema del hombre y el anhelo de cumplimiento que lo constituye, su profunda necesidad, podremos reescribir, repensar y revivir los valores.

El camino para salir de la crisis actual y construir el bien común parte del recuperar, sin censuras, la verdadera dimensión del sujeto humano. Lo que constituye a la persona, su identidad profunda, el origen de todo su dinamismo es el "sentido religioso"; el cual no se identifica con prácticas religiosas o ciertas normas éticas características de las religiones en general, sino que es algo más radical y propio de cada hombre. En efecto, el sentido religioso representa la naturaleza de nuestro yo en cuanto se expresa en ciertas preguntas: ¿Cuál es el significado último de la existencia?, ¿por qué existen el dolor y la muerte?, ¿por qué vale la pena realmente vivir?, ¿de qué está hecha la realidad?. "El sentido religioso coincide con ese compromiso radical con la vida, de nuestro yo, que se manifiesta en dichas preguntas"⁵. La respuesta al desafío de las circunstancias actuales pone en evidencia la necesidad de ser hombres en toda su dimensión.

Benedicto XVI dice que «lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. [...] Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a los que Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás»⁶. Sin el encuentro con el otro —con un determinado "otro"— no podría salir a la luz ni mantenerse vivo un "yo" que se abriera a las preguntas fundamentales de la vida, que no se conformara con respuestas parciales. La relación con el otro es una dimensión antropológica que nos constituye.

⁵ L. Giussani, *El sentido religioso*, JUS México, 2010, p.93.

⁶ *L'Europa di Benedetto...*, op. cit., pp. 63-64.

5. El otro es un bien

El Papa Francisco nos dice que «nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro “considerándolo como uno consigo”»⁷. La conciencia de lo anterior es la base sobre la que se puede construir México. Si no recuperamos la experiencia elemental de que el otro no es una amenaza, sino un bien para la realización de nuestra persona será difícil salir de la crisis en las relaciones humanas sociales y políticas. Si el otro es un bien, entonces es urgente:

- a) Trabajar para que México sea un espacio de diálogo en el que se puedan encontrar los diferentes sujetos, cada uno con su identidad, para ayudarse a caminar hacia el destino de felicidad que todos anhelamos.
- b) Reconstruir el tejido social de relaciones auténticamente humanas, lo cual es posible sólo a partir del protagonismo de la persona, que uniéndose a otras libremente, genere espacios de convivencia nueva comenzando por los más cercanos, como son los vecinos de edificio, de la calle, de la colonia, del trabajo, de la parroquia... y a través de ello, descubrir que el otro efectivamente es un bien.
- c) Tener presente que este año 2015 es electoral, es decir, político. Hoy el sólo oír la palabra política provoca en muchos un rechazo inmediato. Sin embargo, la política no son sólo las instituciones del estado y los partidos políticos. La política en sentido completo es todo lo que se hace para el bien común de la sociedad. Una de estas acciones es el ejercicio del voto. Por ello, es importante que todos participemos habiendo hecho un discernimiento de las diferentes propuestas y candidatos, venciendo las voces que aprovechando la desilusión de muchos, quieren convencernos de la inutilidad del voto.

La crisis que vivimos no se resuelve con paliativos. Es urgente emprender un diálogo abierto, restablecer entre todos relaciones de confianza y construir una sociedad viva y protagonista. Es éste el camino que nosotros estamos dispuestos a recorrer con todos aquellos que amen el presente y futuro de nuestra patria.

México, Abril 2015

mexiconuevoinicio@gmail.com

Comunión y Liberación

⁷ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 199.